



## La colosal influencia del diminuto Qatar

Por ANTHONY SHADID

DOHA, Qatar — Con 225.000 habitantes, la población nativa de Qatar no llenaría los barrios más grandes de El Cairo. Pero a pesar de ser un país diminuto que inspira irritación y admiración a partes iguales, ha resultado decisivo para aislar al presidente de Siria, ha contribuido a derrocar al de Libia, se ha ofrecido como mediador en Yemen y cuenta entre sus amigos al personaje más poderoso de Túnez.

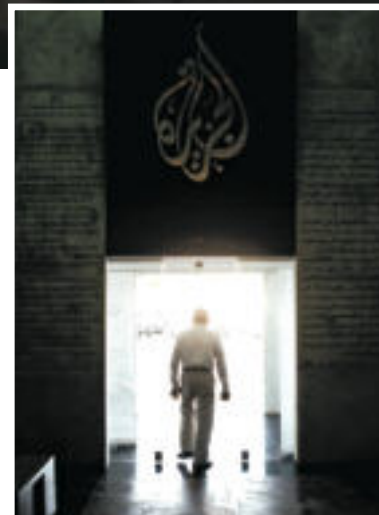
Esta franja de arena con forma de pulgar situada en el Golfo Pérsico se ha revelado como el más dinámico de los países árabes en medio del tumulto que está reestructurando la región. Sus intenciones siguen siendo turbias. Pero su peso es una lección sobre lo que se puede conseguir con unas de las reservas de

gas más grandes del mundo, con la red de noticias más influyente de la región —Al Jazeera—, con un despliegue considerable de contactos y con la toma de decisiones políticas en manos de un hombre, su emir y monarca absoluto, el jeque Hamad bin Jalifa al Thani.

Qatar se ha convertido en el contrapunto vital de un mundo árabe en el que las potencias de siempre se ven sacudidas por la revolución, se han fosilizado por liderazgos anticuados o siguen sin recuperarse de la guerra civil, y en el que se ve a Estados Unidos cada vez más como una potencia en declive.

“Están llenando un hueco y desempeñando una función que no han asumido otros países”, asegura

*Pasa a la página 4*



FOTOGRAFÍAS DE BRYAN DENTON PARA THE NEW YORK TIMES

A través del petróleo y de Al Jazeera, Qatar busca aumentar su influencia en la región. Arriba, la sede de la cadena.

ANÁLISIS

## La ‘primavera árabe’ olvida a los cristianos

Por ANTHONY SHADID

BEIRUT, Líbano

EL MIEDO ES un sentimiento que los árabes cristianos expresan a menudo estos días, un triste estribillo para una comunidad antigua que durante mucho tiempo fue una fuerza en la política y la cultura del mundo árabe.

Una comunidad que todavía se cifra en millones —con las poblaciones más numerosas en Egipto, Líbano, Siria, Jordania, Irak y los territorios palestinos— se encuentra con que es poco más que un espectador de los acontecimientos que están transformando un lugar que en otro tiempo ayudó a crear y, a veces, víctima de la violencia que esos acontecimientos han desencadenado. En todas las definiciones de lo que las revueltas árabes representan —dignidad, democracia, derechos y justicia social—, muchos cristianos se adhieren a una versión mucho más sombría de los acontecimientos: la de que posiblemente se les esté acabando el tiempo.

“No soy un cristiano fanático”, me decía un amigo. “No voy a la iglesia. Respeto todas las religiones. Pero, por lo que estoy viendo ahora,

*Pasa a la página 4*

## MUNDO

# La comunidad cristiana, relegada en la 'primavera árabe'

Viene de la página 1

en 30 años no quedará ningún cristiano en Líbano". Las preocupaciones por la suerte de los cristianos en Oriente Próximo irrumpen a menudo en el conflicto entre Occidente y el mundo musulmán.

"En todo cristiano árabe hay una parte del islam", me comentaba en una ocasión en Beirut Ghassan Tuani, periodista, diplomático e intelectual. Lo que él sugería para la supervivencia de los cristianos es sencillo: que tanto ellos como los musulmanes encuentren una identidad que de algún modo puedan compartir.

La idea no es nueva. Se debatió hace más de un siglo. Cuando el idioma árabe vivió un renacimiento en el siglo XIX, los cristianos árabes desempeñaron un papel decisivo. El idioma se sacudió el letargo y se convirtió en un medio de expresión moderno y en el eje de una identidad colectiva.

Algunos de los personajes más destacados de ese renacimiento fueron hombres como Butros al Bustani y Nasif al Yaziji, escritores y eruditos cristianos provenientes de lo que ahora es Líbano y que sobrevivieron a las matanzas sectarias. La tierra, decía Bustani, "no debe convertirse en una Babel de idiomas, aunque sea una Babel de religiones". Fue una idea que tuvo mucho eco, pero en esencia estaba basada en una ciudadanía independiente de la fe.

En las décadas siguientes, las ideologías laicas que surgieron, a menudo lideradas por cristianos, estuvieron motivadas en parte por la idea de encontrar un lugar para los cristianos, y en ocasiones para los judíos, en una región en la que estaban destinados a ser



KHALED ELFIQI/EUROPEAN PRESSPHOTO AGENCY

una minoría. Estas ideologías, influidas por Europa, estaban imbuidas de su propio chovinismo. Pero detrás de cada una de ellas, ya fuera la unidad árabe, el comunismo o el nacionalismo pansirio (que aspiraba a una patria que abarcara Líbano, Jordania, Siria, Israel y los territorios palestinos), había un ideal laico que ahora ha perdido vigor.

El mundo árabe es mucho más conservador de lo que era hace una generación. Las voces laicas dan la impresión de ser periféricas en relación con los discursos religiosos más extremos.

Raro es el político árabe que hoy apoye específicamente el laicismo; la propia palabra en árabe

es prácticamente un sinónimo de ateísmo. Durante una gira por África del Norte —por cierto, triunfal—, el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, suscitó críticas por parte de todo tipo de islamistas cuando apoyó una interpretación más bien anodina del laicismo, basada en la idea de que el Estado trate a todas las religiones por igual.

En toda la región, el ambiente parece haberse vuelto más inhóspito. Durante la sangrienta respuesta del Ejército a la manifestación cristiana que tuvo lugar en El Cairo en octubre, la televisión egipcia se refirió a los coptos como si fueran agitadores extranjeros empeñados en pro-

vocar una subversión, y pedía a los "ciudadanos honorables" que defendieran al Ejército.

Un día después del atentado del año pasado contra la iglesia de Nuestra Señora de la Salvación en Bagdad, un joven de 21 años llamado Basam Sami me dijo: "Han venido a matar, matar y nada más que matar". En el interior de la iglesia, la sangre teñía las paredes, y seguía habiendo trozos de carne entre los bancos. Fuera, muchos lamentaban lo que la masacre de 51 fieles y dos sacerdotes significaba para un país que en otro tiempo representó un vivero de creencias, costumbres y tradiciones que traspasaban fronteras.

La televisión egipcia calificó de agitadores extranjeros a los coptos que se manifestaron en noviembre para recordar a los asesinados el año pasado.

Los judíos de Irak se marcharon hace tiempo, muchos de ellos hostigados por un Gobierno xenófobo. Aunque en otro tiempo los cristianos de ese país llegaron a alcanzar los 1,4 millones, al menos la mitad se ha marchado, un reflejo de la emigración de los cristianos en todos los demás lugares del mundo árabe. "Ahora hemos perdido parte de nuestra alma", me decía Rudy Jalid, cristiano de 16 años, agitando la cabeza, un gesto que insinuaba lo inevitable. "Nadie tiene ninguna respuesta para nosotros".

Los cristianos, me decía un amigo, se enfrentan a la marginación en el mundo árabe y carecen de líderes capaces de fraguar una identidad más allá de la religión. La tendencia de las minorías en Egipto, Irak, Líbano y otros países es la de unirse en partidos que expresen sus reivindicaciones simplemente como minorías.

Es la misma cuestión que abordaba Bustani hace 150 años. ¿Cómo puede un pueblo que comparte tierra, costumbres, historia e idioma encontrar un fin común? Es posible que las sociedades hayan cambiado demasiado como para poder conciliar fe y laicismo. Hay muy pocas voces dentro de las minorías que planteen esa visión y muy pocos líderes entre las minorías para articularla. Sin embargo, ya hace muchos años que Bustani tuvo una idea tan sencilla como elegante: ciudadanía.